

Francisco Javier NAVARRO, *Alejandro Magno. Héroe, líder y conquistador*, Madrid, Ediciones Rialp S.A., 2013, 148 pp., 3 figs., 7 mapas, 7 planos de batallas [ISBN: 978-84-321-4324-3].

Francisco Javier Navarro, profesor titular de Historia Antigua en la Universidad de Navarra, ha publicado el libro *Alejandro Magno. Héroe, líder y conquistador*. Como sabemos, sobre la figura y las campañas de Alejandro Magno se han escrito a lo largo del tiempo diversas monografías y también se han realizado estudios académicos sobre diferentes aspectos de su persona y obra. Tampoco es la primera vez que haya realizado personalmente la reseña de un libro sobre el gran macedonio (p.ej., en *EECC* 141, 2012, pp. 131-133, a la obra de P. Barceló, *Alejandro Magno. Soldado y estrategia*, Alianza Editorial, Madrid, 2011): ambos libros tienen planteamientos y contenido diferentes. Sea como quiera, es inevitable la comparación entre los distintos títulos que llevan a Alejandro Magno como protagonista, pero también es enriquecedora.

El interés sobre Alejandro Magno y sus campañas y conquistas continúa vivo y vemos que no prescribe nunca, que con frecuencia regular aparecen obras que mantienen la atención sobre el mismo. Este libro pretende familiarizar al público general con los elementos de la cultura griega por medio de la figura de Alejandro, de sus conquistas y la creación de un imperio plural y flexible, al que extendió la cultura helénica. Su gran papel fue darle forma y hacer funcionar un imperio complejo y abrumador (p. 15).

El libro, con un índice inicial y una cronología de Alejandro Magno al final, incluye también unas interesantes ilustraciones a plumilla, realizadas por Luis Goñi, sobre el armamento de los hoplitas, la caballería de los *compañeros* y de los *falangistas* macedonios; también presenta un mapa del imperio balcánico y del imperio de Alejandro Magno (repetido a lo largo de las páginas en varias ocasiones, pero con un encuadre centrado cada vez en la zona descrita, para mejor comprensión de las campañas); se acompañan unos croquis muy ilustrativos, inspirados a la par en los de Kromayer-Veith (*Antike Schlachtfelder*, de visión cenital) y la moderna representación oblicua de la informática (fija o en movimiento). Estos croquis versan sobre las batallas del río Gránico, de Isos, de Gaugamela y del Hidaspes.

El estilo es pulcro y eficaz, esto es, correcto y agradable de leer, con un léxico adecuado, sencillo y culto a la vez (cosa difícil de conseguir; a Azorín le llevó años), muy bien redactado, sin rebuscamientos ni piruetas experimentales de estilo, como en casos torturadores de otros autores académicos. Navarro se abstiene de muletillas (figuras) de dicción y de pensamiento, con lo que las ideas expresadas, fluyendo con naturalidad, tienen el poso y airocidad de un buen escritor. El autor ha tenido el tino de convertir una lectura amena en una narración académica, por sencillez y precisión, que muy bien se puede recomendar como manual de la asignatura correspondiente (si es que en el futuro no nos cercenarán también estas materias sobre el Mundo Clásico): un manual al uso no lo describe tan bien como las páginas de este libro, que va en la línea del inteligente compendio de H. Bengtson, *Historia de Grecia*, Gredos, Madrid, 1986, destacando lo sustancial y obviando lo superfluo.

Debo hacer, no obstante, alguna leve observación (material –errores tipográficos sin duda– o bien de opinión): en griego, *hoplon* es palabra llana; cabría revisar *Dioniso* en la p.118; yo escribiría *pentecóntera*, o mejor si se prefiere, *pentecontoro* (p. 132), *Copais* (p. 36), *Micerino* (p. 79), *Creso* (p. 14), pero también en esta misma página no sabría yo cómo escribir el río *Halys/Halis* (cfr. la traducción, con abundantes topónimos griegos, de F. J. Fernández Nieto al libro de F. Gschnitzer, *Historia social de Grecia*, Akal, Madrid, 1999); la castellanización de nombres propios del griego (o de los originales vertidos al griego), a pesar del tiempo transcurrido desde el manual de M. Fernández Galiano (*La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, SEEC, Madrid, 1961), continúa presentando algunos problemas, en los que dudamos todos; por otro lado, la utilización o no del artículo en los topónimos es muy correcta en el libro, sustrayéndose hábilmente el autor a la larga tradición francesa en español. El presente histórico y el futuro deliberativo, usados hoy por todos, dan efectivamente viveza y fuerza a la narración, pero pueden combinarse mejor con el indefinido y el condicional en una alternancia estudiada.

En otro apartado, una característica muy de agradecer es la acertada, por sucinta, introducción (con sus dimensiones justas) en los diferentes apartados y cuestiones, que recuerdan la de J. Mangas en los *Textos para la historia antigua de Grecia* (Cátedra, Madrid, 1983³) y la de N. Santos en *Textos para la historia antigua de Roma* (Cátedra, Madrid, 1977): la rivalidad secular entre los griegos y el imperio persa, la vieja hostilidad entre Europa y Asia; Macedonia y Filipo II; el camino hacia el poder de Alejandro; el imperio persa, sus características y sus grandes reyes. Académicamente, de la sección de Historia de Persia acostumbra a encargarse en las facultades los profesores/as de Historia de Grecia, que suelen ser buenos entendidos en aquélla; pero incluso tampoco es infrecuente que ni siquiera se trate este interesante apartado en el programa del curso. En el libro de F. J. Navarro encontramos una buena introducción actual a los persas, útil al lector y a los estudiantes. No menosprecio con ello otros consagrados manuales de Grecia, p. ej., el ya citado de Bengtson o los de M. S. Ruipérez y A. Tovar, *Historia de Grecia*, Montaner y Simón, Barcelona (1960), de F. Ruzé y M.-C. Amouretti, *El mundo griego antiguo*, Akal, Madrid (1987), de P. Barceló, *Breve Historia de Grecia y Roma*, Alianza, Madrid (2011), de F. J. Fernández Nieto (coord.), *Historia Antigua de Grecia y Roma*, Tirant lo Blanch, Valencia (2005). Antaño, adjunta al manual o al libro más apropiado para la asignatura, el profesor/a recomendaba alguna lectura complementaria de otro libro al estudiante para *redondear la faena*, siguiendo el ideal ciceroniano del orador: *docere, delectare, movere*.

Nuestro libro está dividido en nueve capítulos con títulos genéricos: Grecia, Macedonia, Troya, Asia Menor, Siria y Egipto, el Imperio Persa, en busca del Océano, la India y, como colofón, Alejandro Magno. Pero como los buenos libros y manuales franceses, ingleses o alemanes cuyas traducciones hemos utilizado en nuestros estudios, los subtítulos adelantan el contenido e interpretación de lo que se va a leer; p. ej., el retorno de los Heraclidas, el hijo de Aquiles, “de los dioses acepto Asia”, “dos espadas no caben en la misma vaina”, los trabajos de Hércules, la torre de Babel, un tiempo para la ciencia, los vecinos de la Aurora, y –con acertados tintes dramáticos– un hombre para la eternidad. Los tres primeros capítulos son introductorios y en el

cuarto, “Asia Menor”, da comienzo la descripción de las campañas de Alejandro en Asia. Navarro no habla demasiado de los excesos de Alejandro, aunque sí recoge las grandes celebraciones, a veces concatenadas, de las victorias logradas. Prácticamente toda la información sobre la vida de Alejandro procede de Plutarco y, por otra parte, en el rey debieron influir importantemente sus lecturas de la *Ilíada* y de la *Anábasis* de Jenofonte.

En el libro se explican las innovaciones técnicas y de armamento introducidas por Filipo II y Alejandro, a la vez que se expone la composición del ejército macedónico. Es de resaltar la extraordinaria capacidad de Alejandro para movilizar contingentes militares (como se observa también por parte de los romanos en la Primera y Segunda Guerra Púnicas). Las principales batallas libradas por el rey macedonio son explicadas pormenorizadamente en su táctica y con ilustraciones complementarias. Puesto en marcha y pasado a Anatolia, Alejandro manifestó solemnemente “de los dioses acepto Asia, ganada por la lanza”, lo que da una idea de sus proyectos.

Aparte de los éxitos militares, nunca vistos hasta aquel momento, hay dos puntos fundamentales en la trayectoria del gran macedonio. Su avance incesante hacia Oriente obedecía a la necesidad (y convencimiento) de abrir nuevas rutas, tanto por tierra como marítimas, y de llegar al fin de la *Ecumene*; rodeándola, podría regresar de nuevo a Macedonia. Como en la campaña de Napoleón en Egipto, en la expedición de Alejandro figuraban también geógrafos, que orientaban en el camino y tomaban notas a la vez de los nuevos descubrimientos. Ya decía Heródoto que los indios eran los vecinos de la Aurora. La Ciencia geográfica en la Antigüedad dio un salto cualitativo importante con estas campañas. El rey pretendía llegar al fin del mundo con la intención de encontrar nuevas rutas, pero se equivocaba. El motín del Hifasis obligó a Alejandro a renunciar finalmente a sus campañas, que perseguían en realidad un imposible desde el punto de vista geográfico.

El otro aspecto de su proyecto era el programa de helenización con la idea de un imperio universal –como más tarde apostrofaría de Roma Polibio– integrador de lo griego, lo babilonio y lo persa, en una fusión de razas y culturas. Su programa de bodas colectivas –incluido él mismo– perseguía la creación de una nueva aristocracia gobernante; pero por temor a las conspiraciones había dejado pendiente la cuestión del sucesor, que a su muerte quedó por resolver.

Lectores y lectoras encontrarán en estas líneas, las del libro, la exposición de los hechos y las razones estratégicas, políticas y culturales que los animaron, así como análisis acertados de los acontecimientos. Hay pasajes y aforismos en el libro interesantes (v. gr., pp. 98, 104), con sustantivos y adjetivos colocados con gran precisión (cfr. *costumbres inauditas*, p. 101). Éste es, pues, un libro que debiera figurar en la biblioteca personal de todo entusiasta de la Antigüedad, especialista o simpatizante.

Julián ESPADA RODRÍGUEZ

Instituto Luis Vives de Valencia
jespadadelcoso@gmail.com